

EL PP Y LA ULTRADERECHA

La durísima crisis a la que nos ha llevado el neoliberalismo más implacable no sólo se está traduciendo en una pérdida generalizada de derechos civiles, laborales y sociales de todo tipo, sino está provocando también una deriva hacia posiciones antidemocráticas peligrosísimas, incluso en lugares donde este sistema de libertades ha sido fruto de heroicas revoluciones históricas; en lugares donde este modelo de convivencia abrió las puertas a la coexistencia pacífica, a la libertad, la solidaridad y la igualdad.

Desde hace ya algunos años tanto el Consejo de Europa como la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas han venido anunciando como la xenofobia, el racismo, el antisemitismo y la islamofobia se iban adueñando de la Europa occidental.

Y, efectivamente, los hechos les dan la razón. Cada vez más el mapa político europeo aparece ocupado por organizaciones de extrema derecha que, en muchos casos, condicionan la gobernabilidad de su país. Es lo que ha sucedido recientemente en Suecia, donde el partido antiinmigración Demócratas de Suecia ha entrado en el Parlamento con veinte diputados, contribuyendo al declive de la socialdemocracia y al afianzamiento de opciones como las del hitleriano Partido de los Suecos. Mientras en Francia Sarkozy le gana espacio a Le Pen y su Frente Nacional con sus mismas prácticas (la expulsión de los gitanos no es una anécdota), en Holanda, el Partido de la Libertad se ha convertido en bisagra; el British National Party (BNP) ha situado a dos diputados en el Parlamento europeo; en Grecia, Alarma Popular Ortodoxa cuenta con 15 diputados; el Partido del Pueblo Danés es clave para el gobierno de Dinamarca; el Partido del Progreso es el segundo partido de Noruega; la Liga Norte italiana gobierna tan a gusto con Berlusconi; en Hungría Jobbik –que significa “más a la derecha”- es decisivo también en el arco parlamentario; el Partido de la Libertad de Austria ha conseguido captar más de una quinta parte de los votos del país y compartir gobierno con los conservadores; en Bélgica, Vlaams Belang ha alcanzado en algunos lugares hasta un 33% de los votos; en Alemania, con más de 150 grupos de extrema derecha, destacan los partidos Unión Popular Alemana, el Partido Nacional Democrático y el Partido Republicano, aunque sin apenas presencia institucional, aunque el socialdemócrata Thilo Sarrazin acaba de publicar un libro (Alemania se suprime) donde denunciaba el peligro de la desaparición de los alemanes por la alta tasa de natalidad de los musulmanes con una respuesta ciudadana de posible apoyo en las urnas de un 18%; ATAKA de Bulgaria, Orden y Libertad de Lituania y Wahre Finnen de Finlandia, son otros ejemplos a los que podríamos sumar organizaciones de Rusia, especialmente violentas, y de otros países donde empiezan a aparecer casos, como en España donde Plataforma por Cataluña, de Josep Anglada, alcanzó representación en cinco ayuntamientos. Claro que aquí el Partido Popular, sin ningún tipo de escrúpulos, juega a ocupar este papel a conveniencia como sucedió el pasado 17 de septiembre cuando la presidenta del PP catalán, con el asentimiento de Rajoy, Alicia Sánchez-Camacho se paseó con una diputada de Sarkozy alentando el rechazo a los gitanos

en Badalona, cuando puso el grito en el cielo porque el ministerio de Defensa cedió unas instalaciones militares en Girona para que los musulmanes de la zona lo utilizaran para sus rezos durante el Ramadán o cuando, como ahora, ha hecho del ataque a los inmigrantes, con un perverso juego de ordenador incluido, uno de sus lemas electorales más importantes en la campaña electoral a la Generalitat.

Mientras, nos topamos con una Eurocámara y un Gobierno europeo que si bien planta cara en un principio a la expulsión de los gitanos por parte de Sarkozy, al final termina plegándose y aceptando esta política de hechos consumados, -no en vano está en manos de lo más genuino del neoliberalismo-, y, sobre todo y para mayor desgracia, nos encontramos con una socialdemocracia que adopta el papel de la derecha en materia económica, claudica ante los embates de los mercados para bombardear directamente a la línea de flotación del Estado del Bienestar, y cae en intención de votos en todos los lugares, ante el rechazo y la frustración de los obreros y las clases medias. Además, para más escarnio, Rodríguez Zapatero, sin ambages, se posicionó en defensa del presidente galo desde un primer momento legitimando una especie de limpieza étnica de arriesgadas consecuencias.

Como decía El Roto hace unos días: la xenofobia la trajeron los inmigrantes, antes no había. Desde luego frente a la tendencia muchas veces natural de mirar con cautela al diferente, es absolutamente inmoral utilizar este sentimiento para propiciar el miedo y la inseguridad y derivar las culpas y las incapacidades propias sobre los más débiles y desprotegidos. No podemos permanecer indiferentes a lo que está pasando. Lejos del debate electoralista irresponsable debemos propiciar un análisis sereno, comprometido, sobre la inmigración, la justicia social, la búsqueda de alternativas a los países empobrecidos. En cualquier caso, la inmigración es consecuencia del sistema, no la causa del problema. Lo que sucedió en esta misma Europa en la segunda mitad del siglo XX no se nos debería borrar de la memoria en estos momentos.

Antonio Morales Méndez
Alcalde de Agüimes.